

Sagrada Familia, ciclo C

“Los padres de Jesús lo encontraron en medio de los maestros”

Lucas 2, 41-52



- **1 Samuel 1, 20-22.24-28** “Samuel queda cedido al Señor de por vida”
- **Salmo 83** “¡Dichosos los que viven en tu casa, Señor!”
- **1 Juan 3, 1-2.21-24** “Somos llamados hijos de Dios, pues ¡lo somos!”
- **Lucas 2, 41-52** “Los padres de Jesús lo encontraron en medio de los maestros”

Reflexión y oración

“He pedido a nuestro Señor y lo sigo pidiendo todos los días que os llenéis de su Espíritu. Que el Estudio de Jesucristo sea para vosotros un estudio muy querido en vuestros corazones, que todo vuestro deseo sea conformar vuestras vidas a la del Maestro” (Beato P. Chevrier).

- Le pido al Espíritu que me ayude a entrar en el conocimiento del texto para poder conocer mejor a Jesús e identificarme con Él.
- Contemplo a Jesús entre los doctores, a María y José buscando a Jesús.
- Contemplo el encuentro de Madre e Hijo.
- Escucho las palabras de María y las de Jesús que muestra su pertenencia a Dios Padre.
- Me detengo en la descripción final, resumen de la vida de Jesús en Nazaret: Jesús iba creciendo...
- ¿Dios Padre es también en mi vida mi absoluto?
- Llamadas.

Notas para fijarnos en el Evangelio

- En este domingo de la Sagrada Familia se nos ofrece contemplar la dimensión familiar de la presencia del Hijo de Dios en nuestro mundo.
- Esta festividad puede conectar perfectamente con los encuentros familiares que en torno a la Navidad se producen en nuestro entorno.
- También podemos dar el salto y descubrir a la comunidad de seguidores de Jesús como una gran familia o para pedirle al Señor por tantas familias.
- Mirando el texto vemos como la familia de Jesús celebra las fiestas religiosas de su pueblo y se sujeta a las tradiciones, costumbres y obligaciones de sus gentes al igual que hacía otros paisanos devotos de Nazaret (41). Es la dimensión comunitaria de la fe, de la expresión religiosa. Y cómo entre estas celebraciones religiosas la de la Pascua, que era la gran fiesta judía en la que celebraban la mano liberadora de Dios para con su pueblo, Jesús y su familia participa (42).
- Además tenían otras fiestas como Pentecostés y los Tabernáculos, fiestas de peregrinación. Todo ello es una muestra del clima profundamente religioso del entorno de la vida de la familia de Jesús.
- Jesús crece en medio de un intenso clima religioso dentro de la familia de Nazaret. El texto da a entender que era una costumbre en la familia subir a Jerusalén a celebrar estas solemnidades.
- Hoy al hablar de las romerías y peregrinaciones de nuestras comunidades decimos que son símbolo de la vida en la que estamos de camino hacia la meta

definitiva. Somos caminantes.

- María y José doloridos por la ausencia del niño recorren dos jornadas en su búsqueda. Y lo encuentran en el templo dialogando con los entendidos de la Palabra de Dios (46).
- El dialogo entre María y Jesús es el centro de este relato.
- No es fácil comprender la respuesta de Jesús a la pregunta de María:
 - Hijo ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados? (48).
 - ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la cosas de mi Padre? (49).
- Respondiendo la pregunta de María: “Hijo ¿Por qué...”
- Jesús revela su identidad: Jesús es el Hijo de Dios, lo que ya había anunciado a María el ángel Gabriel, lo que se nos dice en el momento del Bautismo y en ocasión de su Transfiguración.
- Aquí está el centro del episodio que nos revela la centralidad del Padre en toda la vida de Jesús. En su infancia y a lo largo de su vida Jesús vive su pertenencia al Padre. Jesús siempre buscó permanente-mente cumplir la voluntad de Dios Padre. Dios Padre será siempre el centro de su vida. Desde su infancia Jesús vive su filiación divina de modo intenso. Es su causa, el objetivo de toda su vida.
- Al final en una línea, en pocas palabras el evangelista resume toda la vida de Jesús en Nazaret, como síntesis de toda su presencia en Nazaret.

¿No sabías que debía ocuparme de las cosas de mi Padre?

Señor Jesús, te veo un Niño,
cerca de la adolescencia, con uso de razón,
mezclado entre los entendidos
de la Palabra de Dios en el Templo de Jerusalén hablando
con ellos, discutiendo.

Te veo que te has separado de tus padres
mostrando que Tú tienen a Dios como a tu Padre.

Veo, Señor Jesús, que desde tu niñez
haces una apuesta por Dios Padre
y eso duele a los de tu entorno
y a veces resulta difícil de comprender.

Dios Padre, será tu guía hasta el final de tus días.

En Él encuentras el sentido de tu vida
¡Cuántas horas pasaste conversando con el Padre:
por la noche, al amanecer y en pleno día...!
A Él se lo contaste todo, en Él descansaste.

Enséñame a relacionarme con Dios Padre.
Enséñame a hablarle y a escucharle.
Dame mucho conocimiento
para buscar siempre hacer su voluntad.

Tú viviste en este mundo en una familia:
José, María y Tú rodeado de otros muchos familiares.
En ese ambiente reducido de Nazaret
viviste la mayor parte de tu vida.
Aquellos familiares tuyos estaban tan acostumbrados
a tu persona que cuando en tu vida pública
te mostraste como el enviado de Dios
no llegaron a reconocerte.
Ello fue fuente de gran sufrimiento para Ti.

¡Cuánto bien recibirías de tu familia,
de José y María y de tu gran familia!

¡Cuánto bien nos hacen las buenas familias!

Señor Jesús, gracias por la familia,
por tantas buenas familias que se aman
y en las que unos viven por los otros.

Es cierto que hay familias desestructuradas
en las que se vive la desunión,
la violencia, el desamor.

Perdón por que son causa de dolor.
En ellas, los que peor lo pasan son los débiles
los niños y los ancianos.

Ayuda a nuestras familias para que lo sean de verdad,
para que se quieran y vivan unidas.

¡Qué bonito es el resumen que el evangelista
hace de tu vida en Nazaret:
“Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura
y en gracia ante Dios y los hombres”.

Tú, Dios Padre, quieres que crezcamos,
que desarrollemos todas las capacidades
que nos has dado para bien propio y de la humanidad.

Tú quieres que nuestro crecimiento sea armónico,
de cuerpo, alma y mente,
de inteligencia y de corazón,
de amor a las personas y a Dios.

Enséñanos a crecer en armonía.
Ayúdanos a que sepamos acompañar
a las personas para que crezcan
y para que su crecimiento sea armónico,
total... de forma que no sean incoherentes.





VER

Del 7 al 9 de febrero de 2025 se celebrará en Madrid un Congreso de Vocaciones, con el lema: “¿Para quién soy?” El objetivo de este Congreso es mostrar la Iglesia como una ‘asamblea de llamados para la misión’, para impulsar la vida como vocación, como respuesta a la llamada que el Señor nos hace a cada uno. Y, para esto, hace falta iniciar procesos que ayuden a entender y vivir la vida como vocación, como respuesta al Plan que el Señor tiene para cada uno de nosotros.



JUZGAR

No hay que entender la vocación como restringida al ministerio sacerdotal o a la especial consagración en órdenes religiosos o institutos seculares, «porque la vida que Jesús nos regala es una historia de amor, una historia de vida que quiere mezclarse con la nuestra y echar raíces en la tierra de cada uno, que se entreteteje con nuestras historias; que vive y quiere nacer entre nosotros para que demos fruto allí donde estemos, como estemos y con quien estemos. Allí viene el Señor a plantar y a plantarse». (Christus vivit 252) Por tanto, hemos de incluir también la vocación laical, en sus múltiples formas, como respuesta a la llamada de Dios.

Y como «para cumplir la propia vocación es necesario desarrollarse, hacer brotar y crecer todo lo que uno es» (ChV 257), la familia cristiana es un elemento fundamental para ayudar a descubrir y vivir la propia vocación. Y, para ello, la familia cristiana no debe estar cerrada en sí misma, sino abierta a los demás y a Dios.

Hoy celebramos la fiesta de la Sagrada Familia. Y la Palabra de Dios nos ha mostrado algunos elementos para que la familia cristiana pueda ser ese ámbito de discernimiento de la vocación y de apertura a Dios. El punto de partida lo encontramos en la 2ª lectura: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!”. En la familia cristiana se vive la conciencia de que todos sus miembros son hijos de Dios y, por tanto, la vida de la familia, en todas sus dimensiones, se desarrolla en referencia y apertura a Él, y desde esa centralidad de Dios se entiende lo demás.

Así, en la 1ª lectura hemos escuchado que Ana, que había rogado a Dios que le concediera un hijo, no vive su maternidad en un sentido posesivo sino como un don de Dios, y por eso cede a su hijo con generosidad al Señor, para su servicio: “...lo llevaré, lo ofreceré al Señor y se quedará allí para siempre”.

Y en el Evangelio hemos escuchado otro ejemplo de esa apertura a Dios y esa generosidad que debe tener la familia cristiana. Como nos recuerda el Papa Francisco en “Amoris laetitia” 182, José, María y Jesús eran «una familia sencilla, cercana a todos, integrada con normalidad en el pueblo. Jesús tampoco creció en una relación cerrada y absorbente con María y con José, sino que se movía gustosamente en la familia ampliada, que incluía a los parientes y amigos. Eso explica que, cuando volvían de Jerusalén, sus padres aceptaban que el niño de doce años se perdiera en la caravana un día entero, escuchando las narraciones y compartiendo las preocupaciones de todos: “Creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día”».

La reacción de José y María es muy lógica: “Al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo”. Pero ante la pregunta de María: “Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados”, Jesús responde: “¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?” Este pasaje «nos recuerda que los hijos no son una propiedad de la familia, sino que tienen por delante su propio camino de vida, que la elección de vida del hijo y su misma vocación cristiana pueden exigir una separación para cumplir con su propia entrega al Reino de Dios» (AL 18). Y es cierto que “ellos no comprendieron lo que les dijo”. Ayudar a descubrir la vocación y aceptarla no es fácil ni se logra en poco tiempo; de ahí la necesidad de la centralidad de Dios en la familia cristiana y, como María, conservar “todo esto en su corazón, permaneciendo abiertos a lo que Dios vaya mostrando mientras los hijos, como Jesús, vayan “creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia”.



ACTUAR

La familia cristiana está llamada a ser un elemento clave para entender y vivir la vida como vocación porque «bajo el impulso del Espíritu, el núcleo familiar no sólo acoge la vida generándola en su propio seno, sino que se abre de sí para derramar su bien en otros, para cuidarlos y buscar su felicidad». (AL 324) Para ello, ha de ayudar a plantearse a sus miembros la pregunta del lema del Congreso de Vocaciones: “¿Para quién soy yo?” «Eres para Dios, sin duda. Pero Él quiso que seas también para los demás, y puso en ti muchas cualidades, inclinaciones, dones y carismas que no son para ti, sino para otros». (ChV 286) Para que esto sea realidad, es necesario que los padres estén dispuestos a ‘perder al niño’, para que éste pueda descubrir a qué le llama Dios, su propia vocación, y pueda responderle animado y acompañado por su familia.